
Redefinición de la diferencia, la crisis del sujeto moderno y el poder en el siglo XX

VICENTE DOMÍNGUEZ-ARCA

Email: vdominguezarc@uoc.edu

El siglo XX, con la posguerra y el desarrollo de la globalización, marcó un cambio significativo en la configuración de las sociedades modernas. La creciente interconexión cultural, fruto de las migraciones masivas pusieron en crisis las identidades individuales y colectivas, generando una "agonía" del sujeto moderno que va más allá de una problemática existencial. Esta tensión estructural entre las demandas de libertad y las nuevas formas de control coincidió con una reconfiguración del poder, que adoptó modalidades más sutiles y flexibles para gestionar la diferencia y dominar a través de la vida misma, lo que Michel Foucault denominó biopoder. Este ensayo analiza la relación entre diferencia, crisis del sujeto moderno y poder, destacando cómo estos conceptos se articulan en un marco histórico que incluye la Conferencia de Yalta como un punto de inflexión para la reestructuración global del poder.

1. LA POSGUERRA Y LA REDIMENSIONALIZACIÓN DE LA DIFERENCIA

La posguerra representó un momento de fractura histórica, no solo por la devastación que dejó la Segunda Guerra Mundial, sino también por las transformaciones sociales y culturales que emergieron en su estela. Entre estos cambios destaca la intensificación de los movimientos migratorios, propiciados por los avances tecnológicos en transporte y comunicación. Esta multiculturalidad coexistencial fue, quizás, uno de los catalizadores más significativos de la redimensionalización del concepto de diferencia, que pasó de ser un elemento a integrar, o superar desde el prisma del canon clásico, a convertirse en una característica inevitable de las sociedades contemporáneas. Zygmunt Bauman conceptualizó esta transformación como el inicio de la modernidad líquida, un período en el que las estructuras sociales, antes sólidas y ancladas en sistemas estables de identidad, se disolvieron en una realidad más fluida e incierta. Estos movimientos migratorios masivos fueron radicalmente emergentes y necesarios, la reconstrucción de países devastados y el auge de nuevas perspectivas de estabilidad social no dieron lugar a la previsión, solo al acto mismo. Las narrativas homogéneas que sustentaban las identidades nacionales, culturales

y colectivas comenzaron a desmoronarse, dando paso a una multiplicidad de identidades que coexistían en un espacio común, pero no necesariamente igualitario. No pretendo presentar a los fenómenos migratorios como desestabilizantes de esas homogeneidades intrínsecas de la razón moderna, mi intención es hacer énfasis en la notable inviabilidad de persistencia de esas claves modernas en la emergente multiculturalidad manifiesta. Así, la razón moderna, que había sido el fundamento de la Ilustración y el vehículo para la emancipación del sujeto, se enfrentó a un dilema crucial: cómo reconciliar la creciente diversidad con su pretensión de universalidad. Los vientos de la modernidad son inevitables, incluso en los ejemplos más desesperados y dramáticos de imposiciones sobre jerarquías o estratos sociales, el ingrediente de la razón moderna es común en todas las narrativas del siglo XX. Ningún sistema, discurso o ejercicio de poder en el siglo XX, al menos desde mi perspectiva, lo hizo en base a anular la esencia de la razón moderna. Así, lejos de desaparecer, la razón fue reutilizada como un instrumento de dominación que permitió al poder adaptarse a esta nueva realidad. Este cambio se manifiesta en lo que Foucault denominó biopoder, una forma de poder que no reprime ni destruye, sino que gestiona y optimiza la vida misma. No es, en mi opinión, un término acuñado al amparo de una narrativa deli-

cada, el biopoder es un vocablo que encierra un significado muy profundo. Lo que hasta entonces se entendía como un ejercicio entre clases, preestablecido, canonizable, claramente definido, se observa ahora como un sistema en sí mismo. Así, se identifican claramente señas de identidad en la noción de poder que, en las antípodas de lo estacionario, presentan a este sistema como algo vivo; al menos en el sentido de volatilidad, emergencia de comportamientos y, sobre todo, capacidad de adaptación. En lugar de suprimir la diferencia, el biopoder aprendió a gestionarla de manera eficaz, incorporándola en un sistema que perpetúa las jerarquías existentes. El Tratado de Yalta puede considerarse un punto clave en esta transición. Aunque públicamente se presentó como un acuerdo para dividir el mundo en bloques ideológicos y dar solución a la administración de la devastación provocada por los eventos bélicos de la primera mitad del siglo XX, su verdadera trascendencia, en mi opinión, radica en cómo permitió al poder reconfigurarse globalmente. Conscientes de la necesaria, e inevitable, aparición de masivos eventos migratorios sin precedentes, bien como resultado directo de últimas descolonizaciones o para incrementar la masa social en países cuyas poblaciones jóvenes fueron diezgadas por la guerra, no tuvieron más remedio que diseñar un plan en el que la atención de las revoluciones, que irremediablemente aparecerían, no fuesen focalizadas en el concepto de poder en sí mismo. Así, la jugada maestra fue presentar un escenario global dividido, para focalizar la energía de revolución social, o conatos de rebeldía, en cuestiones que enfrentaran a la praxis del poder, más que a la lógica del poder en sí misma. En el bloque comunista, el discurso de lo “común” y la identidad proletaria fueron instrumentalizados para gestionar la diversidad interna de culturas y nacionalidades. De un modo perturbador, se emplean las ideas marxistas de revolución, cuya naturaleza elemental es reconstructiva, y se redefinen los límites de la razón moderna, confiando la idea de libertad hacia un espacio dimensional en el que sólo se tienen en cuenta aspectos cuantitativos, tales como capacidades operativas o laborales, siempre orientadas a la maximización del desarrollo social, anulando la creatividad que Nietzsche había empleado como camino a la libertad. En el bloque capitalista el discurso fue todavía más insidioso, no por sus consecuencias directas, sino por su praxis tan tácita como exitosa. Aquí, la diversidad fue explotada como un recurso económico, generando lo que podríamos llamar la plusvalía de la diferencia, donde las identidades y aspiraciones individuales se integran en el sistema como fuentes de productividad. En este bloque, la idea de libertad queda confinada de un modo invisible, apuntando

directamente a la promoción de agentes que desvían la atención del sujeto, presentando la libertad como una cadena de cobertura de necesidades, muchas de ellas naturales, y muchas de ellas impuestas por el mismo sistema, pero cuya característica es fundamental: la longitud de esa cadena es infinita.

2. LA CRISIS DEL SUJETO MODERNO: ENTRE AUTONOMÍA Y ALIENACIÓN

La crisis del sujeto moderno está intrínsecamente vinculada a la transformación del concepto de diferencia. El sujeto, concebido por la modernidad como un individuo autónomo y racional, se encontró en el siglo XX atrapado entre los valores del pasado y las demandas del presente. Me refiero exactamente a que ya no es posible volver a un punto social propio del medievo, la modernidad, y su visión de la razón, supone un punto de no retorno, precisamente porque da a las personas algo que naturalmente se desea: presencia y realidad de esa individualidad vetada durante tantos siglos. Esta crisis, que se intensificó en el contexto de la multiculturalidad coexistencial, no es simplemente una cuestión de identidad individual, va mucho más lejos, convirtiéndose en una profunda problemática estructural que afecta la capacidad del sujeto para situarse en un mundo en constante cambio. Es necesario mostrar esta clave con contundencia, la realidad estacionaria de los sistemas sociales desaparece de repente, sin posibilidad de advertencia, sobrevenido por las consecuencias directas de una devastación sobredimensionada, y de un colapso del malogrado y pervertido sistema liberal impuesto, que se vio abocado a litigar con visiones y prácticas de poder, en determinadas regiones y países, propios de sistemas feudales. Aquí es necesario reevaluar, reconsiderar y, sobre todo, representar la razón de la modernidad. Como señalaron Theodor Adorno y Max Horkheimer en *Dialéctica de la Ilustración*, la razón, que debía ser el vehículo para la emancipación del sujeto, fue cooptada por las estructuras de dominación. Este proceso no solo transformó la razón en un instrumento de control, sino que también dejó al sujeto moderno en un estado de agonía existencial: consciente de su falta de libertad, pero incapaz de encontrar una alternativa clara a su definición. Claro está que los anhelos de aquellos vientos de la modernidad persistían en las personas de esos momentos del siglo XX, incluso con más intensidad, fruto de ver cómo otras culturas interpretaban y vivían sus propias realidades de libertad. Los sistemas de poder no tenían capacidad para anular esta realidad, de ahí mi etiqueta de “no retorno” de la modernidad, así,

solo tuvo un camino, natural y evidente, adaptarse: el biopoder. El biopoder descrito por Foucault agrava esta situación al moldear no solo las acciones del sujeto, sino también sus deseos, aspiraciones y subjetividades. En este sentido, la diferencia, que podría haber sido una fuente de emancipación, se convierte en un elemento gestionado por el poder para perpetuar la alienación del sujeto. Esto es particularmente evidente en el bloque capitalista, donde la diversidad se celebra superficialmente, pero siempre dentro de los límites establecidos por el sistema. El Tratado de Yalta, al institucionalizar la división ideológica del mundo, creó y configuró, de un modo directo, rápido y eficaz, las condiciones para esta crisis del sujeto moderno. Quitando de ella todo el rédito posible y, sobre todo, anulando cualquier realidad de cambio que pusiese en jaque los linajes de poder preestablecidos. No debemos llevarnos a error, aún a pesar de todas las cortinas de humo, de todas las manifestaciones de cambios radicales, fruto de ejemplos de eliminación de determinadas familias o símbolos de poder, la capacidad de decisión, de implementación de medidas de contingencia y, en última instancia, de acumulación de riqueza, no ha cambiado considerablemente de manos a lo largo de los últimos siglos. En el bloque comunista, la colectivización subordinó al individuo a las necesidades del sistema, haciéndole considerar que su libertad es máxima en la frontera de la libertad del prójimo; y que su realización pasa por la entrega completa al bien común. Mientras, en el bloque capitalista, el énfasis en la diversidad y la libertad individual enmascaró de un modo muy macabro una alienación estructural que convirtió al sujeto en un consumidor perpetuo de identidades prefabricadas.

3. MOVIMIENTOS SOCIALES Y EL DESAFÍO AL BIOPODER

Los movimientos sociales de los años 60, como el Mayo del 68 en París y la Primavera de Praga, representaron una reacción directa a esta crisis del sujeto moderno y a las nuevas formas de poder que habían emergido en la posguerra. Estos movimientos no solo desafiaron las estructuras políticas tradicionales, sino también las normas sociales que restringían la capacidad de los individuos para ser diferentes y experimentar nuevas formas de vida. En París, los estudiantes y trabajadores articularon un rechazo a las jerarquías disciplinarias y al control biopolítico que moldeaba sus vidas. En Praga, el intento de reconciliar el socialismo con una mayor libertad individual reflejaba un esfuerzo similar por superar las contradicciones del sistema.

Sin embargo, ambos movimientos también revelaron las limitaciones de la resistencia frente a un poder que había aprendido a adaptarse y capturar incluso las aspiraciones revolucionarias. En mi opinión, los eventos más impactantes que mostraron la aparente impotencia de la sociedad para generar movimientos realmente subversivos. Sin despreciar los resultados evidentes de esos movimientos, considero humildemente que fracasaron rotundamente en su destino final, no por ahorrar esfuerzos, sino por no valorar la gran cobertura de posibles que posee el poder. Esta visión tácita, casi virtual pero de impacto muy considerable ya ha sido explorada por pensadores como Byung-Chul Han, quién describe cómo, en la sociedad del rendimiento, el control ya no se ejerce mediante la represión directa, sino a través de la incentivación de la productividad individual. En este modelo, el individuo internaliza las demandas del sistema como si fueran elecciones libres, convirtiéndose en su propio explotador. Este tipo de control es una manifestación clara del biopoder, que gestiona la vida de manera tan eficaz que incluso los movimientos sociales terminan reproduciendo, de manera inadvertida, las mismas dinámicas que buscan desafiar.

4. EL TRATADO DE YALTA Y LA HEGEMONÍA GLOBAL DEL PODER VIVO

Aunque ya lo he descrito anteriormente, decido introducir un apartado específico en mi ensayo sobre un hito histórico que considero un claro punto de inflexión, y que además presenta un ejemplo histórico real en el que se mezclan de un modo directo la relación entre los tres conceptos principales presentados para el desarrollo de este ensayo. Desde mi punto de vista, en esa ciudad ucrania, perteneciente a una región que lamentablemente está presente en las portadas de nuestros días actuales, el Tratado de Yalta no solo reorganizó el mapa político global, sino que también sentó las bases para una nueva hegemonía del poder, que podemos denominar poder vivo. Este poder, caracterizado por su flexibilidad y capacidad de adaptación, se basa en la gestión de la diferencia y en la explotación de las aspiraciones individuales como recursos funcionales para el sistema. Es decir, desde mi punto de vista, es el momento en el que el poder basado en la imposición se enfrenta a sus claras limitaciones y, mediante una estrategia propia de artistas de lo macabro, diseña un escenario que muestra preocupación aparente por cuidar la diferencia, mientras promueve un poder con capacidad adaptativa, algo sin precedentes en mi opinión. Todo esto nos trae a la agonía

del sujeto moderno que, de un modo muy pesimista, observa cómo se ha instrumentalizado su “razón” para promover la dominación. Así, en el bloque comunista, el poder se estructuró en torno a la colectivización y la identidad proletaria, mientras que en el bloque capitalista, la diversidad y la libertad individual fueron instrumentalizadas como herramientas para maximizar la productividad. En ambos casos, el poder logró capturar la crisis del sujeto moderno y convertirla en una oportunidad para perpetuar su dominio.

5. HACIA UNA EMANCIPACIÓN AUTÉNTICA

La intersección entre diferencia, crisis del sujeto moderno y poder plantea desafíos fundamentales para cualquier proyecto de emancipación en el mundo contemporáneo. La transformación cultural y política del siglo XX, marcada por la multiculturalidad coexistencial y la reconfiguración del poder en Yalta, exige una respuesta que vaya más allá de las soluciones superficiales. Ninguna fórmula revolucionaria será efectiva, en mi opinión, si no es capaz de hacer un ejercicio de metaproyección, no sólo la praxis ejecutiva de la revolución, no sólo la propuesta de autogestión del grupo revolucionario, sino la resolución completa de los desajustes sobre el control de necesidades básicas que se han perpetuado durante siglos en determinados linajes, necesariamente abocados a una rendición improbable, o una aniquilación en revolución. Una emancipación auténtica requiere no solo un reconocimiento de las dinámicas del biopoder, sino también un esfuerzo por transformar las relaciones de poder que subyacen a la gestión de la diferencia. Esto implica cuestionar las narrativas culturales y simbólicas que legitiman el sistema, así como reivindicar la capacidad del sujeto para crear nuevas formas de vida y organización social.

6. CONCLUSIÓN

La diferencia, la crisis del sujeto moderno y el poder son elementos profundamente interconectados en la configuración del mundo contemporáneo. La transformación cultural y política del siglo XX, marcada por la multiculturalidad coexistencial y la reconfiguración del poder en el Tratado de Yalta, plantea desafíos fundamentales para cualquier proyecto de emancipación. Para superar esta crisis, es necesario no solo reconocer las dinámicas del biopoder, sino también desarrollar estrategias que permitan transformar las relaciones de poder que subyacen a la gestión de la diferencia. Esto requiere una reconfiguración de las narrativas culturales y simbólicas

que legitiman el sistema, así como una reivindicación activa de la capacidad del sujeto para crear nuevas formas de vida y de organización social. Solo así será posible alcanzar una emancipación auténtica, que no se limite a la celebración superficial de la diversidad, sino que transforme las condiciones estructurales que permiten su explotación.

REFERENCES

- [1] Adorno, Theodor y Max Horkheimer (1947). *Dialectic of Enlightenment*.
- [2] Bauman, Zygmunt (2000). *Liquid Modernity*.
- [3] Deleuze, Gilles (1968). *Difference and Repetition*.
- [4] Foucault, Michel (1978). *The History of Sexuality, Vol. 1: An Introduction*.
- [5] Gramsci, Antonio (1971). *Prison Notebooks*.
- [6] Han, Byung-Chul (2015). *The Burnout Society*.
- [7] Nietzsche, Friedrich (1887). *On the Genealogy of Morals*.